

SANTIAGO CASTELLANOS

EL LIBRO DE LOS CRÍMENES

En el siglo V, una serie de asesinatos sacude
los cimientos del Imperio



Un imperio a las puertas del ocaso.

Una serie de violentos asesinatos.

Un libro perdido que podría cambiar la historia de la humanidad.

Año 447 d. C. «Me quieren matar» es el inquietante mensaje que recibe el joven Festo desde Asturica, Hispania. Hace unos años que su amigo Eugenio tuvo que huir de Roma tras ser acusado de apoyar doctrinas diferentes al catolicismo, la religión oficial de un imperio que se acerca a su fin, pero que hará cualquier cosa por mantener su poder.

Al llegar a Asturica para ayudar a Eugenio, la carrera por encontrar un manuscrito prohibido que recoge las enseñanzas secretas de Jesús une a Festo con un grupo de herejes llamados los Perfecti, con quienes se verá envuelto en una trama de intriga, traiciones y violentos crímenes.

Basándose en la existencia real del libro *Memoria Apostolorum*, Santiago Castellanos vuelve a recrear magistralmente en este *thriller* histórico el ocaso del Imperio romano, pero esta vez desde un prisma diferente: el de aquellos primeros herejes que nos demostraron que, tanto entonces como en la actualidad, el arma más peligrosa que puede empuñar un hombre contra un imperio son sus ideas.

Para mis hijos, Vega y Enrique.

Prólogo

El cofre

*En un rincón perdido de Hispania.
Año 457 d. C.*

Han ocurrido muchas cosas. Demasiadas.

Se pregunta una y otra vez si ha merecido la pena. Si ha obrado bien. Mientras lo hace, detiene su mirada avejentada en los detalles del pequeño cofre situado sobre la mesa de madera que tiene delante. Lo escruta desde la silla que acoge su cuerpo cargado de años y de culpas.

Ha posado sus dos manos sobre él. Percibe la gélida sensación de la plata que recubre la cajita. ¿Quién sería el artesano que la elaboró? No lo sabe. E ignora cuánto tiempo ha pasado desde que el desconocido maestro logró trasladar al metal las ideas que alguien le pidió que plasmará. Hay una imagen de Fortuna en la parte frontal. La diosa parece recrearse en su riqueza, y en la que promete a quienes le rindan culto.

Sin embargo, la tapa de la caja alberga un mensaje muy distinto. Aparecen dos figuras, una mujer y un hombre, ataviados con ropajes que el relieve argénteo muestra exuberantes.

La dama luce cuantiosas joyas, tanto en sus muñecas como en su cuello. Porta unos pendientes con filigrana que el artesano ha logrado plasmar con esmero. Ambos personajes miran al frente; se encuentran grabados en una suerte

de corona vegetal, flanqueados por dos erotes regordetes, desnudos y alados.

Por un momento tiene la impresión de que esos cuatro ojos inexpresivos, hieráticos, lo están mirando.

Piensa. Otra vez. Y son ya muchas. Cavila sobre los pros y los contras. ¿Debería abrirlo? ¿Ha de levantar la tapa del pequeño cofre?

Y, si la abre, ¿qué hará con lo que hay dentro?

Porque hay algo. Y él sabe lo que es.

También sabe que algunos han muerto por culpa de lo que se encuentra en su interior.

Se fija en los erotes. No deja de ser curioso. A estas alturas tiene que soportar la imagen de deidades del amor. ¿Ha creído alguna vez en el amor? ¿Ha amado de verdad?

Puede leer una breve inscripción en el reborde de la cubierta: VIVATIS IN CHRISTO. «Que viváis en Cristo». Es como un deseo formulado por quien encargó la caja. «Os deseo que viváis en Cristo».

¿Quién lo deseaba? Y, ¿a quiénes? Supone que a la pareja de la cubierta. O quizá, más bien, son ellos los que se lo desean a quien vea el cofre. ¿Quiénes serían ese hombre y esa mujer? Por más que rebusca en los laterales, no halla inscripción alguna con sus nombres.

Nada de eso importa ya.

Cierra los ojos. Porque los crímenes regresan a su mente.

UNA DÉCADA ANTES

1

Roma ha amanecido con un cielo gris, aunque ligeramente más claro que el del día anterior. Luego, avanzada la mañana, ha caído un aguacero. Ahora, pocas horas después, todo queda en una lluvia muy fina.

No, decididamente no es un buen día. La inquietud se ha apoderado de él, y debe confesar sus temores a sus amigos. Maldita lluvia. Le está calando el manto oscuro que, sí, le alivia algo de los rigores del invierno, pero ahora le parece un enemigo. Porque, pese a la estación del año, hace calor. O al menos eso siente él.

Claro que quizá no sea sino la consecuencia de su agobio. No queda mucho, pero es invierno al fin y al cabo. Sin embargo, hace bochorno. Tanto que está envuelto en sudor. Sí: maldita lluvia. Y maldita humedad. En su ciudad natal no tenía ese problema.

Dominado por sus prisas, sus temores, y su incomodidad, Festo oye a lo lejos una voz enfervorizada que ya conoce. La de quien vive de ella. La de quien mendiga con sus relatos para sobrevivir.

Está familiarizado con esa voz. Al principio, cuando llegó a vivir a la *Vrbs*, le encantaba detenerse a escucharlo. Y le echaba alguna moneda. Después, se cansó de él. Como de tantos otros. Sí. Porque se dio cuenta de que había más como ese. En realidad, eran bastantes. Todo dependía de por qué parte de la ciudad se moviera uno. A este es al que más veces ha escuchado, eso sí.

Oye la voz cada vez más cerca. No es que suela reunir a una gran multitud, pero el tipo tiene su público. La gente quiere saber. Y se convencen a sí mismos de que ese individuo les cuenta lo que los poderosos no quieren contarles.

Festo piensa en ello por un momento.

Las gentes de Roma llevan a cabo sus quehaceres habituales. Pero el trajín de la ciudad ya no es el que era. Al menos eso le han contado sus amigos que, a su vez, lo han oído de sus padres. Lo que sucedió hace algo más de treinta años no supuso una destrucción, como las malas lenguas se encargaron de propagar. Los godos saquearon la ciudad durante unos días de verano. Y se fueron. Hubo violencia, robos, violaciones, algunos incendios, eso sí.

Pero la ciudad no dejó de ser eterna. El mito de la Roma Aeterna no se desvaneció. Sí, el mito. Alimentado durante siglos por el mismo poder que se había ido reproduciendo bajo formas distintas, con dinastías, con un Senado voluble, con una Administración que finalmente se había multiplicado como las ratas.

Festo cree que algo de eso hay en la necesidad de las gentes de creer que todo marcha bien. Sea verdad, o no.

Y los charlatanes como este, muy necesitados de público y de algo con lo que malvivir, se alzan sobre la multitud en los foros o en las plazas donde calculan que van a sacar algunas monedas a cambio de un poco de moral. Moral, en efecto. Es lo que ellos venden. Y lo hacen sobre la base de historias inventadas que camuflan en el envoltorio de una supuesta Historia gloriosa.

Porque ya no se creen a los panegiristas. Esos tipos refinados, bien comidos, bien bebidos, bien pagados, que componen complicados textos repletos de hipérbolos, alabanzas, elogios, a tal o cual emperador, a tal o cual general, a tal o cual... A quien les pague.

No. Las gentes prefieren escuchar a un andrajoso. Y lo prefieren porque sospechan, intuyen o, mejor dicho, quieren creer, que les va a decir la verdad. La verdad, sí. Lo que

se cuece en los cenáculos de la corte imperial, o las noticias que llegan de las fronteras, cada vez más echadas a perder. Porque, en su fuero interno, y aunque ellos mismos no estén nada convencidos, quieren creer. Necesitan creer. Y hace ya tiempo, mucho tiempo, que no creen a los panegiristas. Así que han de entregarse a estos charlatanes.

Festo tiene muchas dudas de que la multitud esté en lo cierto al pensar así. Se acerca al grupo, son unos quince, veinte a lo sumo. El tipo ha colocado la banquetta. Es la de siempre. Al menos, la que él le ha visto portar desde que lo tuvo delante por primera vez. Gira levemente su cuello hacia la derecha y mira al tipo. Va vestido con ropajes muy vistosos, coloridos. Aunque, si uno se fija, se percata de que están rotos, perjudicados por el tiempo, el descuido, la pobreza.

Acelera el paso aún más. No está de humor para escuchar lo que vaya a decir. Pero, en el último instante, aminora ligeramente la marcha y, sin detenerse, afina su oído para no perderse el inicio de lo que el charlatán va a narrar a su concurrencia.

—¡Querido público! ¡Romanos todos! —El hombre, calvo por completo, enclenque y extremadamente delgado, posee sin embargo un poderoso tono de voz, que sabe explotar a su antojo—. Seré muy breve. Ya sabéis. Los oídos y los ojos del emperador Valentiniano están por todos los sitios. —El hombre encorva su espalda, sonrío y se lleva el dedo índice de la mano derecha hacia los labios, como aviso de que va a bajar notablemente el tono de su voz—. Los hunos, amigos míos. Los hunos son los nuevos enemigos de Roma.

»Esas gentes, de las que cuentan que sus cabezas son inhumanas, su aspecto, fiero como el de los lobos y sus costumbres, salvajes y despiadadas, han encandilado al emperador romano de Oriente. Sí, amigos, la que se llama la Nueva Roma, esa ciudad infame, esa Constantinopla re-

pleta de rameras, ha decidido pagar. Pagar a ese Atila y a su hermano Bleda.

»Aunque, ahora que lo pienso, hay rumores... Algunas lenguas que llegan desde Oriente y desde el Ilírico dicen que ese Atila se ha cargado a su propio hermano hace algo más de un año. ¡Y los nuestros pagando! ¡Pagando, eso es! Para que no los viole, para que no les robe. —El hombre calla por un momento, mientras se recrea estudiando el aterrorizado semblante de su público—. Y, ¿sabéis lo que eso significa?

Festo decide irse de allí. Sabe lo que va a decir después, en cuanto el silencio logre el objetivo de acomodar las mentes de las gentes para lo que el otro va a proclamar.

Ya no escucha la voz del calvo, que además ha decidido rebajarla a un mero susurro, temeroso de los informantes imperiales.

De todos modos, sabe que va a anunciar que Atila, una vez logrado el oro de Constantinopla, irá a Roma. Tarde o temprano. Y, con eso, el calvo se asegura aún más público en una siguiente ronda de prédicas. Porque sabe que lo que está contando durante las últimas semanas en diferentes barrios de Roma ha corrido de boca en boca. Festo lo sabe porque lo ha escuchado otras veces. Y ahora tiene prisa.

Desciende caminando a buen paso por las callejuelas que desembocan en las cantinas al sur de los foros. Lo hace con celeridad, pero con cuidado de no resbalarse. Le asusta la capa húmeda que cubre las losas y los guijarros de las calles empinadas que se abalanzan hacia las partes bajas de la ciudad. No sería la primera vez que se trastabilla.

Le esperan sus amigos en una de las cantinas, y sabe que llega tarde. Han quedado en una en la que se sienten seguros sobre la hora séptima. Él no bebe vino. Bueno, ahora sí lo hace, aunque tiene una explicación: salvar el pescuezo.

Nada que ver con su juventud... Entonces sí bebía por gusto. No es que sea un hombre mayor; no se tiene por tal. Está a mediados de la veintena. A esa edad, la mayor parte de sus conocidos son padres. Es consciente de que su juventud está cercana, es verdad. Pero también sabe que ya quedó atrás.

Y los últimos acontecimientos no han hecho sino confirmar esa certidumbre.

Echa mano al bolsillo entreabierto en el lateral derecho de su túnica parda, ya demasiado raído, pero muy útil. Precisamente por eso está tan deteriorado. Está situado entre el pecho y el costado; si acaso, algo más hacia el primero. Vuelve a sacar el pequeño pedazo de pergamino desgastado. Lo plegó después de leer tres veces el mensaje que contenía cuando, hace unos días, lo recibió en la lujosa casa de su amigo Narciso.

El remitente sabía bien qué persona tenía que llevarlo para que llegase con certeza absoluta a sus manos. A las mismas que ahora lo extraen del bolsillo. Busca una entrada en la esquina de una de las *insulae* de Roma. Mira hacia arriba. Es un edificio de cinco pisos. Hay un portón enorme completamente abierto. Decide entrar y darse una mínima tregua con respecto a la lluvia.

Quiere volver a leer las palabras más inquietantes. Solo esas. Se las sabe de memoria. Porque las ha leído en reiteradas ocasiones.

Nos suele suceder cuando nos llega una noticia, un mensaje importante que alguien nos pasa en unas pocas líneas. Lo leemos para recrearnos, si es algo bueno. O para atormentarnos, si es malo. Claro que hay quien prefiere apenas mirarlo.

En cuanto comprende el sentido del escrito en las primeras palabras, no lee más. Seguramente cada una de esas reacciones tiene su explicación. Son nuestros estados de ánimo: nuestros temores, nuestras angustias. Pero también nuestras alegrías, nuestras esperanzas, nuestros deseos.

Festo, en efecto, solamente presta atención a las primeras palabras. Así que no lo desdobra por completo. Sus ojos se detienen en ellas. Tiene la misma impresión que tuvo aquel día cuando las leyó por vez primera. Tras una breve, mínima presentación, el autor de la misiva confía y hace partícipe de su abismo de pavor a Festo.

Porque es un mensaje que emana del miedo y del terror. Del miedo y del terror de quien lo ha escrito.

«Me quieren matar».

Y, tras él, una desesperada petición de ayuda.

«Ven. Te lo ruego, Festo. Ven».

Abandona la protección de la entrada de la *insula* y regresa a la calle, a la lluvia, y a las prisas.

Mientras toma un callejón a su derecha, recuerda cuántas veces ha tenido que disimular en su vida. Porque él llama «su vida» solamente a sus últimos seis años. Exclusivamente a esos seis. Y tiene ahora veinticinco.

Vuelve a pensar en lo de antes. La mayor parte de sus compañeros de juegos, de los niños de su edad con los que había correteado y con los que se había peleado en su pequeña ciudad, a unas cien millas de Roma, están casados y tienen hijos.

Él no ha hecho ni una cosa ni la otra. Estuvo a punto, eso sí. Pero muy a punto, tanto que llegó a estar prometido con aquella muchacha, de la cual intenta no acordarse. Y lo ha conseguido. «Su vida» le llena hasta el punto de no recordar, o no querer hacerlo, a quien estuvo a punto de ser su esposa.

Bueno, no del todo.

Porque ahora mismo lo está haciendo: sí, en ocasiones se acuerda de ella. Todos sus recuerdos son buenos. Salvo el del final. El momento en el que él le dijo que tenía otra

preferencia: dedicarse a la búsqueda de la Verdad. A menudo se ha preguntado si acertó con aquella decisión. Sea como fuere, fue un punto final, y también un punto de partida.

Así que piensa en «su vida» como si hubiera empezado hace seis años. Cada enero tiene que variar la última palabra con la que cierra la frase. «La vida que tengo desde hace un año», se dijo la primera vez que quiso acotar que era un hombre nuevo. Una persona distinta. Ahora ya son seis; desde hace dos meses, casi tres, son seis años. Seis años de «su vida».

Ve la puerta de la tasca. Aminora la velocidad de sus pasos. Quiere recuperar el resuello.

2

Es una vida distinta porque fue hace seis años cuando se convirtió. No a una religión. Eso es lo que muchos creyeron. Los que habían sido sus amigos. Incluso ella. Desde que le dijo que, en lo que entonces empezaba —«su vida»—, ella no tenía sitio o no lo tenía como hasta el momento, no volvió a verla más. No porque él lo desease. El caso es que aquel fue el último día de su vida en el que pudo hablar con ella. Durante los primeros meses se preguntó varias veces si no se lo había explicado bien. Acaso fuera ese el problema, se decía a sí mismo. Fue incapaz de llegar a una conclusión clara.

Va a entrar en la cantina. Huele a vino ya desde fuera. Y el olor —para él, hedor— le conduce a otros pensamientos fugaces mientras ralentiza definitivamente el paso.

Festo ha tenido que disimular mucho durante estos seis años. A veces ha bebido; lo ha hecho cuando convenía pasar desapercibido a toda costa. En sus nuevas convicciones, no es eso lo que importa. No es un sacrilegio. Lo es si se hace por gusto. En ese caso, sí. Pero no es un sacrilegio ni una mancilla si es para salvarse. Porque, si bebe algo de vino, es solamente para que no lo descubran.

Ha de estar a salvo. Ha de sobrevivir.

Él y los pocos que son como él.

Para eso es vital que no lo delaten. Sí, tiene miedo a las delaciones. Ese loco de León, el obispo de Roma, está en plena cacería. Menudo indeseable. No entiende nada. O sí, y por eso ha decidido emprender una purga. Una persecu-

ción, más bien. A los maniqueos y a los *haeretici*, los herejes. Los meten a los dos en el mismo saco, a pesar de ser distintos: a los primeros se los acusa de seguir las enseñanzas de Manes, un tipo que vivió hace dos siglos, y a los segundos, a pesar de ser cristianos, de defender teologías diferentes a las del catolicismo que impuso por decreto el emperador Teodosio hace algo más de medio siglo.

Y, por supuesto, persiguen también cualquier estertor de idolatría, de creencias que no encajen en ninguna de las dos anteriores posibilidades. Tanto la de aquellos que aún veneran a los dioses tradicionales de Roma, como la de quienes son seguidores de cultos místéricos de corte oriental, especialmente sirio o egipcio.

Sabe que de nada serviría explicar en sus tribunales que él no es maniqueo. Que él no profesa esa religión procedente de Persia que lleva algo menos de dos siglos difundiendo por el Imperio romano. Pero León ha decidido que el maniqueísmo le viene bien para acusar a gentes de diferentes credos: el uso de una etiqueta simple para realidades muy complejas es útil al obispo de Roma y a las leyes imperiales.

Pero Festo no se identifica con creencia específica alguna. O no del todo. Él ya no pertenece a ninguna religión ni a ninguna corriente filosófica concreta. Y, sin embargo, se siente muy próximo a ellos. Como otros que se han ido agrupando para salvarse del fuego. Porque el Imperio tiene recogida en sus leyes la condena al fuego en ciertos casos.

Sabe que, si lo delatan, también él acabará ardiendo.

Los emperadores han perseguido maniqueos desde hace más de siglo y medio. Se contaba que fue entonces cuando Diocleciano, que luego persiguió también a los cristianos, ordenó que había que acusarlos de *maleficium*. Todo el peso del Imperio recaía sobre ellos. Y algo parecido han hecho después los emperadores cristianos. A Festo le parece una ironía cruel. Porque lo que han hecho es rescatar, curiosamente, la condena a los maniqueos emitida en